

Concha Lombardo, heroína del romanticismo mexicano

Concha Lombardo de Miramón (1835-1921), hija de un abogado criminalista de renombre y político (firma el Acta de Independencia, figura como diputado en el primer Congreso reunido por Iturbide y es ministro de Hacienda en una de las administraciones de Santa Anna), ingresa a la historia al contraer matrimonio con el general conservador Miguel Miramón (1832-1867) y vivir como suyos los triunfos y la derrota de su esposo. Ingres a la historia de nuestras letras al escribir sus *Memorias*, ya mujer cargada de años, en las que consigna además de su niñez, adolescencia y juventud, el tiempo que vivió casada con el sorprendente militar.

Estas *Memorias*, concluidas en Barcelona, España, el 7 de agosto de 1917 y publicadas en la ciudad de México el 9 de enero de 1980, 50 años después de la muerte de su esposo, son valiosas en varios aspectos: como documento que cuenta la Guerra de Tres años desde la perspectiva de uno de los contendientes, el partido conservador; como testimonio de primera mano que relata algunos hechos decisivos del imperio del archiduque austriaco; como contribución básica a la biografía de Miramón, y, sobre todo, como evidencia de una singular personalidad femenina, la de la autora, conformada con elementos tales como el valor, la independencia de criterio, el sentimiento (que en su caso sustituye a la razón), la capacidad de amar y ser amada, la firmeza y solidez de sus ideas y creencias (que algunas veces caen en el sectarismo y la intolerancia), el entusiasmo para gozar y su contrapartida, la embriaguez para sufrir, y la entrega apasionada a lo que considera suyo: patria, casa, esposo, hijos y parientes. (La política en su mundo ocupa un lugar secundario.) Concha Lombardo por carácter y destino pertenece de lleno al romanticismo mexicano: con sus *Memorias* esta manera de entender y vivir el mundo alcanza su expresión más rotunda, presente ya, tiempo atrás, en las páginas autobiográficas de fray Servando Teresa de Mier.

Concha Lombardo como mujer es una precursora, no en el sentido feminista de la independencia frente al hombre (imposible de imaginar en el México de esos años) sino en el modo de asumir frente a la sociedad civil unas ideas, una actitud crítica y una pasión amorosa y llevarlas hasta sus últimas consecuencias; en otras palabras comportarse como sujeto que participa activamente en los asuntos de su tiempo y como objeto pasivo que refleja los puntos de vista del marido. Concha

ama a su esposo sobre todas las cosas, pero esa vehemencia no anula su entendimiento, la hace ver con mayor claridad la circunstancia en que se mueve Miramón e incluso oponerse a que se adhiera en el último momento a la causa imperial; acepta la fatalidad de los hechos y llora la muerte de su consorte como heroína de Eurípides.

En las páginas finales, después del fusilamiento de su esposo, escribe: "Así nos separamos en este mundo, después de 8 años y medio de una unión tan dichosa que causaba envidia a los que nos rodeaban, y en cuyo tiempo me llenó de honores y de cariño. Su corazón, que como yo le decía, debió haber pertenecido a la Edad Media, no podía comprender el amor sin llenar de consideraciones y de respeto a la mujer, así como su carácter grande y generoso necesitaba compartir con ella sus glorias. Yo perdí con él todo lo que puede halagar a una mujer: posición social, bienestar, honores..., pero esos bienes efímeros los he reputado nulos, y si aún lloro al que perdí fue porque me dejó sus virtudes grabadas en la memoria, y porque se llevó a la tumba mi paz y mi corazón."

Por último, estas *Memorias* son singulares porque hablan del amor cotidiano, conyugal (pese a ser románticas) y no del amor que se sitúa en el futuro o en el pasado: que está por iniciarse o que ha concluido. Este tipo de amor es raro en las letras mexicanas y, en general, en las letras universales.

El temperamento, carácter y personalidad de esta mujer fascinante y de Miguel Miramón se encuentran ampliamente expuestos en los trozos de sus *Memorias* y de otros libros que reproduzco en seguida:

1

"Poco aprendí en la casa de la señora Múzquiz: a corregir mi lectura, a escribir, a coser y a bordar; las conjugaciones y los números no entraron en mi pobre cerebro."

2

Le dice una amiga "¿Sabe que este bravo capitán está locamente enamorado de usted? Yo no supe qué contestar, y quise cambiar la conversación, pero Miramón me interrumpió y me dijo: 'Sí, señorita, es verdad, y no crea que me quiero divertir con usted sino casarme'. Yo solté una solemne carca-

jada, y le contesté: ‘¿Se quiere usted casar conmigo para llevarme a la guerra a caballo, cargando en brazos un niño y en el hombro al perico? Ahora usted es capitán, cuando sea general entonces nos casaremos.’”

3

“Miramón se dirigió a mí como a país conquistado, y como si entre nosotros existiera un completo acuerdo; este método lo siguió de aquí en adelante, y fue la manera con la cual me comprometió a comunicarme con él. Por otra parte, tanta fidelidad, tanto amor, tanta generosidad, despertaron en mi alma un santo afecto, que basado en la admiración y en el entusiasmo y en la gratitud creció de día en día, se convirtió en amor, se robusteció con el matrimonio y duró vivo y ardiente hasta que el cruel destino arrancó al héroe de mis brazos.”

4

“Pocos días después se comenzó a hablar de la batalla de Ahualulco en la cual Miramón había obtenido un triunfo brillante; yo devoraba los periódicos y el corazón me latía con orgullo al pensar que era yo amada por aquel héroe.”

5

De una carta de Miramón: “Concha, te amo más que a mi vida y sin tu amor para nada la quiero.”

6

“Miramón me sacará de la iglesia o de mi casa cuando sea su esposa, antes no.”

7

Le escribe Miramón: “Te quiero hablar de cosas serias, ya sabes cuánto te amo, pero antes te quiero advertir una cosa: amo también con pasión la carrera militar en la cual he crecido; ni lágrimas, ni ruegos, ni enfados me harán prescindir de ella, y siento el deber de decirte que un día me pueden dar un balazo en el corazón y dejarte viuda”. “‘Si esa desgracia me sucede –le contesté–, llevaré luto por ti toda mi vida’, y esa triste promesa que hice en vísperas de mi boda se ha cumplido.”

8

“... Una noche se empeñó en llevarme [estaban de paso en Querétaro] al teatro. No sé por qué tuve tanta repugnancia en ir. Lo cierto es que, desde que entré al palco, se apoderó de mi corazón una opresión tan grande que tuve que hacer enormes esfuerzos por no llorar. Ni mi esposo ni yo comprendimos el motivo de aquella tristeza, y los dos lo atribuimos a la reciente separación de mis queridas hermanas. Desgraciadamente el verdadero motivo no era aquél, sino un anuncio del



cielo de que este teatro sería más tarde uno de los escalones de mi calvario.”

9

“El carácter de mi esposo era dulce y jovial, de pocas palabras; cuando hablaba era amable y cortés. Cuando estaba de buen humor, solía reír con facilidad, particularmente cuando le contaban los percances de algunos de sus amigos.”

10

“Ruego a mis lectores que no tomen lo que he dicho como la oración fúnebre de una vida desolada, lo que he dicho de mi esposo es el testimonio de la verdad, y si no hubiese yo admirado tantas virtudes en el hombre a quien pertencí, me habría limitado a tratar sólo de sus hechos militares y respecto a sus cualidades habría callado, que al cabo el silencio no alaba ni deshonra a ninguno.”

11

“Napoleón III, airado por los desmanes que algunos de sus súbditos habían sufrido en México a causa de nuestras guerras intestinas y engañado además por un corto número de mexicanos que desde hacía algunos años vivían en Europa, se dejó alucinar, y decidió emprender el loco proyecto de la intervención armada. Uno de los personajes mexicanos con quien primero contó fue el general Almonte, el cual olvidándose de quién era hijo [de Morelos], se prestó con entusiasmo al proyecto del Emperador.”

Consigna Corti en su *Maximiliano y Carlota*: el conde Rech-

berg “no había ocultado nada al hermano [Maximiliano] de su emperador [Francisco José], ni aun las noticias desfavorables, como por ejemplo la afirmación de Miramón sobre la inexistencia en México de un partido monárquico”. En este punto coinciden Concha y el general Miramón.

El “loco proyecto” del que habla Concha fue algo más que eso. La operación tripartita y el imperio se debieron a cuestiones políticas (no abandonar América a los americanos sajones del norte) y económicas relacionadas con la compra barata de materias primas y la venta cara de productos elaborados. Maximiliano no jugó únicamente papel de idealista, jugó también el papel de ambicioso y, por si fuera poco, el de cómplice de un tenebroso embrollo de alta política, que quizá nunca entendió del todo.

12

Acotación de Emmanuel Carballo: Concha olvida que Miramón comisionó a Juan Neopomuceno Almonte, cuando fue presidente, para que solicitase a las cortes europeas la intervención en México. Convencido Miramón de que no existía entre nosotros un “partido monárquico”, quería sin embargo un emperador que nuclease en torno suyo la lucha de los conservadores contra el partido liberal; un emperador que le devolviese sus prerrogativas políticas y su prestigio militar maltrecho.

Algo más sobre el mismo tema: “Ya empezaban a hacerse sentir las rivalidades de los emigrados mexicanos —apunta Corti—. También había llegado a Europa para esperar la posibilidad de una vuelta y de su reposición como presidente, el expresidente, de tendencia netamente conservadora, Miramón, hombre de 29 años, sin cultura, pero de valor y ambición sin límites. Ponía sus esperanzas sobre todo en la intervención española, pero se dirigió a París para informarse del objeto de la expedición de las potencias. También quiso ser recibido en audiencia por el emperador Napoleón. Pero sus paisanos (entre ellos José Manuel Hidalgo) lo habían prevenido contra él y en todas partes encontró puertas cerradas. ‘La emperatriz (Eugenia) odia a Miramón —informaba Metternich en una carta al conde Rechberg— y me ha comunicado que su marido no lo ha recibido.’”

13

Acerca del asunto de los bonos que se encontraban depositados en la Legación inglesa y que Miramón hizo suyos, Concha afirma: “Mi esposo no debió tomar esa suma por la fuerza como lo hizo, y cometió ciertamente un error, pero hay que tener en cuenta, además de las circunstancias apremiantes que lo rodeaban, su total inexperiencia en los negocios diplomáticos; mi esposo no fue un hombre político, ni lo podía ser; subió a la primera magistratura de su país a la edad de 27 años, y los dos que gobernó los pasó casi siempre en el campo de batalla y sus ministros eran los que gobernaban. Su carácter resuelto le hacía odiar los obstáculos que se le presentaban cuando se proponía llevar a cabo una empresa, y así dio al fin de su gobierno ese paso funesto que sirvió a los ingleses para



evitar su desembarco en Veracruz y a sus enemigos un cargo más para matarlo.”

14

“El 5 de mayo los franceses atacaron la capital de Puebla y después de varias batallas en las cuales lucharon con gran valor los combatientes de ambas partes, el ejército mexicano tuvo la gloria de rechazar a los franceses.”

15

En el momento de la intervención “mi esposo se encontraba mal con los liberales y conservadores, se veía en la triste necesidad de permanecer neutral, hasta que los acontecimientos le marcasen el camino que debía de seguir.”

16

Carta de Benito Juárez a su yerno Pedro Santacilia fechada en Chihuahua el 18 de mayo de 1865: “Mi querido hijo Santa: ...Las noticias... respecto del desaliento de Maximiliano y de sus aliados son ciertas... Nada extraño es que a esta hora muchos de los tráfugas y de los aduladores del invasor estén ya volviendo la vista hacia Chihuahua y que Miramón y otros jefes reaccionarios brinden por el partido liberal. Este es el mundo y el mundo mexicano que es capaz de atarantar al mismo Luis Napoleón, si viniera a vivir unos días en México. Es singular esa gente de México; al que no la conozca, y sea fatuo, sus ovaciones y adulaciones lo embriagan, lo tiran y lo pierden, y si es débil, sus injurias y maldiciones lo desalientan, lo tiran y lo pierden, también.”

Pedro Santacilia le comenta a Juárez desde Nueva York el 8 de diciembre de 1865, entre otros asuntos, éste: "De París escribe Miramón que probablemente Napoleón sacará sus fuerzas de México porque está dado al diablo con Maximiliano. Algo serio debe de haber..."

17

Jesús Terán, agente juarista en Europa, escribe esta carta desde París el 8 de octubre de 1865 al ministro de Relaciones, que despachaba como todo el gobierno de don Benito en Paso del Norte: "Don Miguel Miramón, que se halla actualmente en esta ciudad, solicitó hablar conmigo por conducto del señor don Luis Maneyro. Me presté a ello y me ha manifestado su resolución de ir a servir a la causa constitucional. Al efecto, desea que el Supremo Gobierno lo nombre Comandante General de los estados del centro, es decir Jalisco, Guanajuato, Querétaro y México, ya sea con éste o con cualquier otro nombre como general en jefe del ejército de operaciones del centro u otro semejante, pues dice que lo que le importa es un título para ponerse a la cabeza de las fuerzas conservadoras que se le pasen, utilizando al mismo tiempo las partidas volantes que existan en el Distrito a su mando.

"Me dice que está en relaciones con muchos jefes conservadores y espera que, con excepción de don Tomás Mejía, todos los demás se le unan.

"También me manifestó que, en otras circunstancias, no hablaría de recursos para sí; pero que, en la actualidad, carece de los necesarios para irse y dejar aquí asegurada por algún tiempo la subsistencia de su familia y que, en consecuencia, tendrá que hablar de eso cuando reciba contestación del gobierno.

"Por mi parte, me limité a manifestarle el gusto que me causaba ver que los mexicanos de todos los partidos comenzaran ya a unirse alrededor de la bandera nacional, ofreciéndole transmitir al Supremo Gobierno, como lo verifico, todo lo que me expuso y a comunicarle la contestación luego que la reciba.

"Dígnese usted, pues, elevar el contenido de esta nota a conocimiento del ciudadano Presidente, comunicándome la resolución que tenga a bien dictar."

Sebastián Lerdo de Tejada, ministro de Relaciones, le responde a Jesús Terán desde Paso del Norte el 22 de enero de 1866: "... el ciudadano Presidente me ha encargado decir a usted que puede manifestar al señor Miramón la... dificultad (económica grave) que impide considerar la oferta de sus servicios en la forma que usted la comunicó; pero que si él puede efectuar su regreso al territorio de la república y con alguna de las fuerzas que cree poder disponer comenzar a prestar sus servicios a la causa constitucional, tan luego como él tuviese noticia de ellos dispondría que fuesen debidamente considerados".

18

"¡Cuánta amargura sintió mi corazón al ver en las calles de mi querido México los uniformes del ejército francés! Una

profunda tristeza invadió mi espíritu, y mil funestos presentimientos se apoderaron de mí."

19

"Mi esposo quedó muy satisfecho de la visita que le hicieron los franceses, y cuando se marcharon me dijo: 'Si me ocupan, y puedo formar una buena división, tendremos la base de un ejército nacional, que reprimirá los abusos de los franceses'."

20

Después del triunfo de los franceses, y de que Maximiliano había aceptado el cargo de emperador, "sólo mi esposo permanecía tranquilo, lejos de la loca alegría que dominaba a la sociedad, viviendo en medio de sus bellos rosales, vigilado por la policía francesa y olvidado por sus correligionarios, los ingratos conservadores".

Apunta Corti en su libro ya citado: "Los liberales (al servicio de la causa imperial) fomentaban la prevención del emperador contra el partido conservador y el clero, creada por los sucesos con el nuncio, y decidieron aprovecharla para que él mismo se privase de sus dos mejores y más capaces generales, Márquez y Miramón, ambos muy conservadores y clericales. Se supo hacer ver al emperador lo peligroso que era dejar en el país a dos generales tan inteligentes, que estaban entregados por completo al alto clero y a su influencia, en un momento en el cual el emperador se había enemistado con éste... Maximiliano llegó a temer una desertión de estos dos hombres y se decidió a proceder con energía contra ellos, como contra todos los conspiradores, fuesen generales o dignatarios de la Iglesia. Así fueron alejados Márquez y Miramón, mandando el emperador al uno en misión extraordinaria a Constantinopla y al Santo Sepulcro a Jerusalén, mientras que el otro debía ir a estudiar artillería a Prusia. ¡Tan alejado estaba entonces Maximiliano del partido conservador, que era el que única y exclusivamente le había llamado al trono, en tanto que no se había aproximado ni un ápice a los liberales!"

21

Esta carta, escrita en Zacatecas el mes de enero de 1864, la envió Manuel Doblado al general Miramón por conducto de Joaquín Alcalde, antiguo compañero de escuela y amigo del esposo de Concha. Alcalde, de ideas liberales, trató probablemente con Miramón el proyecto que Doblado y González Ortega habían urdido para que Juárez abandonase la presidencia y ellos pudieran así, libremente, negociar la paz con las invasoras tropas francesas, contando con el apoyo de uno de los más prestigiosos militares conservadores. Lo que platicaron ambos amigos es aún hoy un misterio. Juárez rechazó la propuesta de los liberales moderados, y Miramón ratificó, al denegar la solicitud de Doblado, su apoyo al imperio dado el 30 de julio del 63. Transcribo la carta:

"El señor licenciado don Joaquín Alcalde ha tenido la bondad de encargarse de una comisión importante cerca de usted. [Espero] le oír con benevolencia y se persuadirá de que



cuanto él ofrece será cumplido con puntualidad por mi parte y por la del señor Juárez, con el cual me empeñaré con toda mi influencia para que acepte nuestros arreglos.

“El señor Alcalde le impondrá a usted los puntos generales de nuestro arreglo y según mi modo de ver las cosas entiendo que no diferimos mucho en nuestro juicio; la situación se ha puesto tan clara que con dificultad habrá dos personas que la vean de diversa manera. Nada propongo a usted que no sea compatible con la posición elevada que ha tenido y que no tenga por objeto la defensa de la independencia y del honor de la república.”

22

“Apenas salió de casa don Joaquín Alcalde, entró mi esposo a mi recámara llevando en la mano la carta del antiguo ministro de Juárez (Doblado). ‘Lee’, me dijo, poniéndola en mis manos. Con ansiedad recorrí aquellas líneas [la carta que se cita en el trozo anterior], que me hicieron concebir un rayo de esperanza para que mi esposo saliese de la situación en que estaba y se emancipase por completo de su ingrato partido, poniéndose en aptitud de poder combatir contra los franceses. ‘¿Qué has contestado?’, le pregunté. ‘Me he negado completamente a las propuestas de Doblado’. ‘¿Y por qué?’, le dije violentamente. ‘¿Cómo por qué? –me contestó algo disgustado–, me han tachado de ambicioso diciendo que yo había querido unirme a la intervención porque pretendía ser presidente de la República, y ahora estoy vigilado por los franceses porque me temen, ¿cómo quieres que dé a mi partido la satisfacción de decir que tenía razón? Además –continuó mi esposo–, ¿cómo puedo dar semejante paso cuando está por llegar el Príncipe en quien están fundadas las esperanzas para la inde-

pendencia y felicidad de nuestra patria?’ ‘Pues yo –le contesté colérica– me iría con el gran turco por no ver a los franceses y por darles un buen soplamocos’. ‘Cállate, Chinaquita –me dijo mi esposo riendo–, ¿te gustaría que tu marido extendiera la mano a sus enemigos de toda la vida?’ ”

23

De la carta de Miramón a Concha fechada en Querétaro el 20 de febrero de 1867: “Yo te ruego que no te aflijas por mi suerte futura, porque Dios, a quien no podemos engañar, velará por ella conociendo mis intenciones... Espero resignado la suerte que la Providencia nos reserve, pues por mala que sea siempre será gloriosa, supuesto que defiendo mi Religión, mi Patria y mi bandera contra los vándalos, la barbarie, la impiedad y la traición.”

24

“Aquellos últimos 16 días de agonía que le quedaban en este mundo a mi amado esposo, los pasé continuamente a su lado. En una de nuestras conversaciones me dijo: ‘Quítale a nuestro Miguel toda idea de venganza, te recomiendo que no sea militar; pero si hubiese en México una guerra con el extranjero, que sirva al gobierno que mande, sean cuales fueren sus ideas, para defender a la patria.’ ”

25

Retrato de Maximiliano: “¡Pobre descendiente de la vetusta y noble casa de los Habsburgo, que fue a acabar sus días en la triste celda del convento de Capuchinas, convertido en prisión de estado por el indio sectario!”

26

“ ‘Te voy a enseñar –me dijo un día– un solitario que te distraerá mucho cuando estés viuda y sola’. A pesar de ser bastante complicado lo aprendí, y mucho me ha servido en mis largas horas de soledad recordando las palabras de mi esposo.”

27

“Entonces, sola con mi esposo, fue nuestra última conversación, la más tierna, la más triste y, al mismo tiempo, la más seria y amarga que pueden tener dos esposos que se aman intensamente, y cuyas almas unidas en la tierra sienten el dolor de una próxima y larga separación.”

28

San Luis Potosí, junio 18 de 1867.

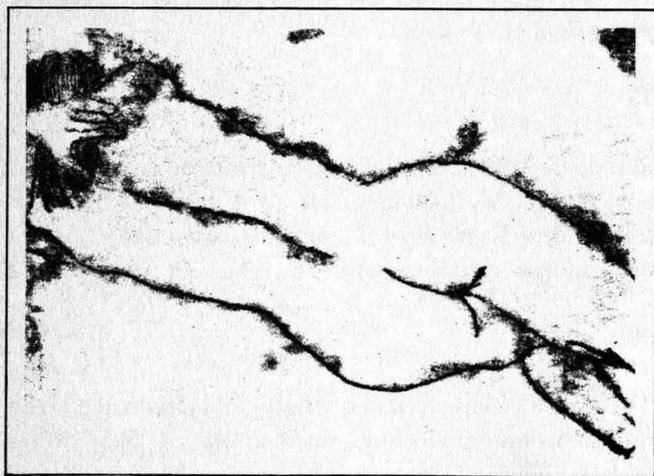
Sr. General D. Miguel Miramón:

“He llegado sin novedad. Nada se consigue. Déjame tus últimas disposiciones con Navorita. Adiós, hasta el cielo. Concha.”

En su último intento cerca del gobierno juarista para que se respetara la vida de Maximiliano, la princesa Salm-Salm vio a Concha en el palacio de gobierno de San Luis Potosí. Así la describe: “Más tarde vino la señora de Miramón, conduciendo de la mano a sus dos hijos. El presidente no pudo rehusar el recibirla: el señor [José María] Iglesias [ministro de Justicia] me contó que había sido una escena conmovedora cuando la pobre mujer y sus pequeños hijos inocentes, tartamudeando, imploraban la vida de su esposo y padre. ‘El presidente –me dijo– sufría en aquel momento sobremanera por verse en la dura y cruel necesidad de mandar quitar la vida a un hombre tan noble como Maximiliano y a dos hermanos. Pero no podía hacerse de otro modo.’”

30

Princesa de Salm-Salm: “En la noche hice una visita a la señora Miramón. Se había en los últimos días demudado tanto que la reconocí apenas. Me dijo que quería quedar algunos días tranquila en San Luis a fin de recobrar fuerzas para el viaje a Querétaro, donde quería recoger el cadáver de su marido.”



31

Últimas palabras de Miramón: “¡Mexicanos!, en el consejo mis defensores quisieron salvar mi vida. Aquí, pronto a perderla, y cuando voy a comparecer delante de Dios, protesto contra la nota de traidor que se ha querido arrojarme para cubrir mi asesinato; muero inocente de este crimen y perdono a los que me lo imputan esperando que Dios me perdone y que mis compatriotas aparten tan fea mancha de mis hijos, haciéndome justicia. ¡Viva México!”

32

“El partido conservador, naturalmente inepto, y desalentado además después del drama de Querétaro, fue acabando poco a poco, hasta que desapareció por completo. Así fue que el partido liberal, desembarazado de aquel enemigo que du-

rante varios años había luchado contra él, se encontró dueño absoluto del país, y se dedicó con esmero a desarrollar en el pueblo y en la sociedad, sus ideas inmorales, anticristianas y, lo más triste, antipatrióticas.”

33

“Desde ese día hasta el último que pasé en Querétaro, fui mañana y tarde a pasar algunas horas cerca de aquella caja que encerraba mi perdido tesoro.”

34

“Apenas me dio Navorita aquellas prendas, que para mí le había entregado mi esposo, me encerré en mi recámara, y con mano convulsa rompí la cinta que ligaba la caja. Me encontré su reloj, con una cadena hecha con mis cabellos, de la cual pendía un relicario con mi retrato, su cartera, con los retratos y cartas de sus hijitos y dos monedas de oro. Un almanaque en el cual fue doblando la esquina de las hojas desde que cayó preso, hasta el día de su muerte; una pequeña charola con algunos objetos de *toilette*, el libro de Kempis, otro libro de oraciones, la pluma con que escribió sus últimas cartas y los restos del dulce y del último pan que comió.”

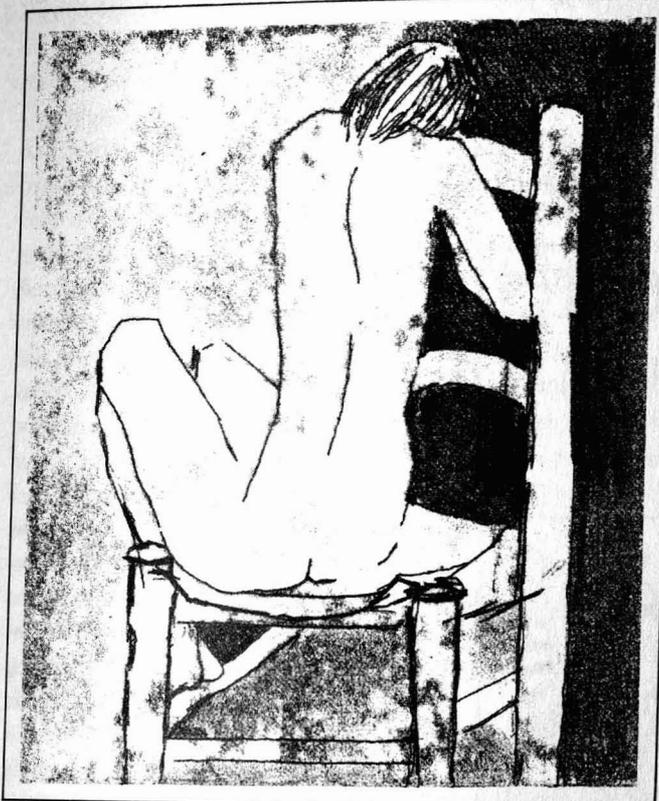
35

“El canónigo Ladrón de Guevara, confesor de mi esposo, me encontró sentada junto a una mesa sobre la cual estaba ardiendo una lámpara delante del frasco que contenía el corazón de mi esposo. El canónigo quedó admirado de ver aquello, y me preguntó qué tenía allí. ‘Tengo –le dije–, el corazón de mi esposo, que pienso llevarme a Europa, y tenerlo siempre en mi recámara’. ‘Señora –me contestó con semblante severo–, ese corazón ya no le pertenece a usted, ya está juzgado por Dios, y debe estar en la tumba.’” Concha lo enterró en la hacienda de Cerro Prieto, propiedad de su hermano Alberto y su cuñada Navorita.

36

“Mis cuñados me contaron detenidamente los pormenores del entierro [en el panteón de San Fernando, en la ciudad de México], me dijeron que la tumba había quedado bastante bien, y que todo estaba en orden. Entonces el general Blanco sacó de su bolsa una pequeña llave, y me la presentó diciéndome la gran pena que le causaba entregarme la llave de la caja que encerraba los restos de mi esposo, y me dirigió algunas palabras de consuelo para mitigar mi dolor, y terminó diciéndome: ‘Crea usted, Conchita, que la muerte del General ha sido una gran pérdida para el partido conservador’. ‘Ciertamente, general –le contesté–, como que todos ustedes han quedado hoy enterrados en esa tumba’.”

Acerca de las *Memorias* de Concha Lombardo existen escasas referencias previas a su publicación. Se sabe que Víctor Durán utilizó algunos de los juicios de la autora en el libro *El*



general Miguel Miramón publicado el año de 1887. Durán conversó en Roma largamente con Concha y probablemente tuvo la oportunidad de consultar sus apuntes y las cartas de su esposo.

José Manuel Hidalgo, uno de los gestores del segundo Imperio mexicano, cuenta lo siguiente a propósito de las *Memorias* en carta escrita a Luis García Pimentel desde París el 22 de junio de 1891: "Se me ha encajado anteayer un belga que fue a Méjico con la Legión [Extranjera] a servir al Imperio como subteniente, al que le di un certificado [de servicios] dos años después de la caída del Imperio. Vino a decirme que está escribiendo un libro con detalles inéditos sobre López. Tiene las memorias de la señora Miramón [en la parte que corresponde] al diario de su marido hasta la víspera de su muerte, retratos, documentos, etc., que me enseñó y no quise ni tocar, diciendo que no hablo de esas cosas. Dice que Rincón Gallardo le dio el otro día datos curiosos. Es respetuoso y me encaja el 'Excelencia' como una casa".

Ya en el siglo xx, a principios de los años setenta, José Fuentes Mares tuvo en su poder las *Memorias*, que utilizó como base primordial para escribir su *Miramón el hombre* (1974). En este libro, dice, me sirvo sobre todo de un fondo incomparable y hasta hoy casi por entero desconocido: la colección de cartas [de su esposo] que Concha Lombardo de Miramón guardó celosamente hasta su muerte, y los 12 cuadernos manuscritos de sus *Memorias*. Todo gracias a que Francisco Cortina Portilla, su adquiriente, resolvió ponerlos a mi disposición [a petición de José Pintado Rivero]. Ni Víctor Durán tuvo la fortuna de contar con estos testimonios cuando escribió su libro sobre el Campeón de Dios. Ni él ni nadie. Tal es mi privilegio, y mi comprometedor responsabilidad."

Fuentes Mares transcribe trozos de las memorias, utiliza las cartas del general conservador en los momentos oportunos,

pero no las contrapone con la profundidad ni la amplitud necesarias en un historiador con las fuentes del partido liberal e incluso con otras fuentes menos sospechosas e imparciales. Fue mayor el "privilegio" que los resultados. Además, el historiador chihuahuense exagera: Durán y el subteniente de la Legión Extranjera leyeron y utilizaron fragmentos de las páginas autobiográficas de la señora Miramón.

Las *Memorias* de Concha las adquirió Francisco Cortina Portilla en Italia, cuenta Felipe Teixidor, "de una nieta de Miramón radicada en la ciudad de Palermo, en donde, anciana y enferma, se mantenía de dar clases de español. Al mismo tiempo que nuestro distinguido amigo aliviaba sus penurias, rescataba para siempre el testimonio de uno de los episodios más trágicos en la historia de México". Los cuadernos manuscritos y las cartas que compró Cortina Portilla los conservaba Concha en una caja que la acompañó en todos sus viajes. Encima de los papeles aparecía, referida a su esposo, una sentencia latina cuya traducción es ésta: "Péguese mi lengua a mi boca si llegara a olvidarte".

En 1980, el incansable sabio y benemérito hombre de libros Felipe Teixidor incluyó las *Memorias* en la excelente Biblioteca Porrúa que él admirablemente dirigía. Supuso que para "dar la imagen más fiel de la personalidad de la autora" era necesario respetar la ortografía y la sintaxis. Creo que don Felipe en este caso no acertó: para el lector común y corriente la lectura de la edición de Porrúa es farragosa y difícil.

Por tal motivo esta nueva edición de las *Memorias* (Editorial Contenido) enmienda los abundantísimos errores ortográficos y modifica levemente la sintaxis permitiendo así al lector de nuestros días una lectura más fácil. En esta edición se suprimieron, asimismo, algunos fragmentos que son como pegotes en el cuerpo del texto: las largas y superficiales descripciones acerca de la historia de ciertas ciudades y de algunos países. Se respetó en cambio, escrupulosamente, la vida de Concha y las de sus seres queridos.

A lo largo de estas *Memorias*, Concha aparece como mujer celosa, conflictiva, castrante y, según sus malquerientes, altanera y calculadora, apasionada por el teatro, el canto y la equitación, nacionalista y un tanto liberal (Miramón, de cariño, le decía mi "Chinaquita"), vivaz y enamoradiza en su primera juventud, muy atenta a las premoniciones (característica romántica) que desde niña anunciaron su destino catastrófico y sobre todo protagonista de una pasión amorosa singular que la enaltece y transfigura: la que sintió por Miguel Miramón.

El otro gran personaje de las *Memorias* es su esposo, héroe romántico por excelencia, soldado de una pieza, católico y clerical por los cuatro costados, amante ejemplar y padre sin tacha, político ambicioso y poco sagaz y hombre que vivió y murió defendiendo sus ideas conservadoras acerca del destino de su patria, la justicia y la dignidad humana.

Concha enaltece a su marido, y las razones de que se vale para canonizarlo no son las que emplean las tradicionales banderías políticas y religiosas; sus razones (hay que llamarlas de algún modo) descansan en el amor, la admiración y el destino plenamente compartido. No trata de ser objetiva, sino de documentar el subjetivismo en que basa su doble visión del mundo, la de él y la de ella. ◇